

Para festejar el centenario de Albert Cohen

TOMAS GRANADOS SALINAS

Poco tiempo le queda a 1995. Los días de este año casi se han ido del todo y la inminencia de un nuevo enero invita a que hagamos recuentos de la docena de meses que termina. Un resumen literario de este año debe incluir la aparición de *Donde van a morir los elefantes*, novela de José Donoso con que Alfaguara empieza a publicar la obra completa del espléndido narrador chileno; asimismo ha de contener una nota acerca de la demanda por plagio que Víctor Manuel Celorio presentó contra Fuentes: también debe mencionar el lanzamiento de *Volar sobre el pantano*, el libro más reciente —qué ganas de escribir el último— de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, nuestro nuevo hacedor de *best-sellers* edificantes, que con un tiraje inicial de 150,000 ejemplares deja fría y ahogada de envidia a una industria editorial que aún no supera el pasmo de la crisis; el resumen no podría olvidarse, por supuesto, del irlandés Seamus Heaney, cuya poesía con aroma nacionalista y ecológico mereció el premio Nobel, ni a la brasileña Nélida Piñón, que hace apenas unos días, en Guadalajara, recibió el premio Juan Rulfo; tampoco habría de excluir la petición de un millón de dólares que María Kodama hizo en la Feria de Frankfurt para autorizar la edición de todo lo escrito por Jorge Luis Borges.

Y aunque es sensato y justo recordar lo que hicieron los vivos, este año hubo aniversarios cuyos protagonistas ya no están entre nosotros; el sano ejercicio de arrancar del olvido a los muertos es un intento por impedir que los autores mueran dos veces y tal esfuerzo siempre es meritorio. El 17 de abril sor Juana Inés de la Cruz cumplió 300 años de haber muerto y eso sirvió de pretexto para revivirla a fuerza de lecturas y homenajes. Poco más de cinco meses después, el 19 de septiembre, Italo Calvino celebró en algún lugar el décimo aniversario de su muerte, quizá acompañado por los mexicanos muertos como consecuencia del temblor que partió nuestra ciudad y nuestra historia reciente. Finalmente, el 16 de agosto un escritor judío, poco reconocido en el mundo entero, habría festejado el centenario de su nacimiento: Albert Cohen nació en la isla griega de Corfú a la mitad del mes de agosto de 1895.

Sorprende el poco interés que la obra de Cohen merece. No sólo enciclopedias como la Britannica lo marginan sino que incluso diccionarios especializados en novelistas de este siglo ignoran la seductora prosa de *Bella del señor* y no prestan ni media línea a los otros libros de este escritor metido a diplomático. Se trata de un autor que conoció el fugaz calor de la fama y que, a pesar de su desapego de los elogios fáciles y calificativos hueros, no fue fervorosa y voluntariamente marginal, ni un obseso de la obra inédita, pero un tupido velo parece ocultar sus libros. No sólo por la calidad de sus historias y su humor inteligente, sino porque en lo que escribió se encuentra la crónica de un pueblo perseguido —situación que se repite hoy con actores diferentes pero con idéntica crueldad—, vale la pena intentar correr tal velo.

Exodo e idioma

A los cinco años Albert Cohen tuvo que abandonar Corfú, pero dejó ahí un gancho espiritual para posteriores nostalgias. Su familia se instaló, al iniciar el siglo, en el puerto de Marsella, donde el niño Albert asistió a una escuela cristiana y donde el francés entró a su vida. En el húmedo paño de lágrimas que es *El libro de mi madre*,

Cohen narra la deriva de su vida marsellesa, su dificultad para entender ese mundo y ese idioma, su deslumbramiento por la literatura, el amor entre él y su madre, que sigue los trazos que la caricatura ha hecho de la maternidad judía, pero que para Albert fue como la isla que salva al naufrago.

En 1914 el joven Cohen se encamina hacia Ginebra, ciudad donde radicará la mayor parte de su vida. Ahí estudia derecho y comienza su labor literaria y política, dominada por su militancia a favor del pueblo judío que lo llevaría a crear, apoyado por el futuro primer presidente de Israel, Chaim Weizmann, una revista de corta duración, *La revue juive*, en la que colaboraron Albert Einstein y Sigmund Freud. Publica en 1921 un librito de versos titulado *Paroles juir ves*, que constituye su único acercamiento directo con la poesía, si bien su prosa sabe a metáforas y otras figuras poéticas.

Su salto hacia los reflectores de la crítica, sin embargo, lo dio con su primera novela, *Solal*, aparecida en 1930 bajo el sello de Gallimard. (Es un lugar común elogiar a Gaston Gallimard, su olfato y su tenacidad, pero la sola mención de su nombre mueve a reconocimientos que un texto tan humilde como éste no puede evitar.) La opinión de los lectores de este libro es tan desmedida que podemos suponer que Cohen vea en ella un capítulo más de su novela, pues los excesos de la adulación, rayanos en humor involuntario, que campean en *Solal* reaparecieron en las críticas. *Los Angeles Times* bautizó —valga el verbo— a Cohen como "el Balzac del judaísmo" y el *New York Times* no tuvo empacho en decir que en ese libro estaban mezcladas "la fuerza generosa y la técnica

de Joyce, la opulencia bárbara de Rabelais y lo inverosímil de las *Mil y una noches*". Pero tal vez sea más significativa la alabanza que mereció el libro en Alemania, en 1933, poco antes de la elección de Adolf Hitler: ahí se comparó al escritor judío con Shakespeare; se dijo que algunas escenas de su novela eran dignas de *Ricardo III* y que "Con *Solal*, la novela contemporánea se despierta a una nueva vida, de una originalidad absoluta". Quizá el peor error de la crítica literaria sea comparar a unos escritores con otros, con el deplorable extremo de hacer de un autor un epítome, pues la obra de cada cual debe ser vista en sí misma, con los méritos y los defectos propios. La búsqueda de influencias y el rastreo de semejanzas es un juego detectivesco que agrada sobre todo a los eruditos, pero que estorba al más puro y simple disfrute de la lectura.

Renglones arriba se citaron las aduladoras críticas que recibió el libro. Tal vez sea la forma correcta de festejar a un escritor, pero parece un camino riesgoso, pues en realidad dice poco del contenido de un libro. Quien lea la novela comprobará por sí mismo la potencia del autor y sabrá escoger los calificativos adecuados.

La introspección festiva

Solal es la historia de un joven judío que deja Cefalonia por amor a una joven viuda, Adrienne de Valdonne, y va a Ginebra para completar su aventura pasional. Ahí se introduce en el mundillo de la diplomacia y es conducido por su amada hacia otra mujer, Aude de Maussane, con la que vive un destructivo romance. Al mismo tiempo, la fidelidad de Solal hacia su pueblo pone una fuerte y emotiva carga en la historia, que resumida en este párrafo parece poco interesante. Lo que mantiene la vista sobre las páginas de *Solal* es la agudeza con que los personajes muestran sus pensamientos, sus maquinaciones, sus mascaradas, así como la habilidad de Cohen para mezclar ideas opuestas —en un capítulo el protagonista tiene una "arcangélica belleza infernal".

Por lo que cuenta en el autobiográfico *El libro de mi madre*, podemos suponer que Solal de los Solal y Albert Cohen son uno y el mismo, aunque quizás esta suposición sea

demasiado audaz. De lo que no puede haber duda es del profundo conocimiento que tenía Cohen de la sociedad genovesa: sus bellas mujeres, su política, sus mascaradas.

Uno de los personajes más entrañables de *Solal*, con el que Cohen hace de funámbulo entre la parodia a la idiosincrasia judía y la exaltación de su pueblo, reaparece como eje en una novela que ve la luz en 1938: *Comeclavos*, una cuidada obra cómica, aunque el adjetivo es pobre para la literatura de este escritor. La cuarta década de este siglo representó para Cohen el esplendor de su fama, que se eclipsaría durante una treintena de años, en los que seguramente se pensó que las promesas hechas por sus primeros trabajos quedarían sin cumplir. Pero habría de llegar un año que fue parteaguas en varios países: en 1968 aparece *Bella del señor* y la confianza puesta en el novelista diplomático renace.

Sin duda, éste es el mejor libro de Cohen, pues si bien repite personajes y situaciones —Solal y el amor destructivo, los Esforzados, que son una tribu de familiares de Solal, a cual más repugnante y divertido, y por eso mismo entrañable— su ironía alcanza niveles sólo esbozados antes. Los más de cien capítulos albergan a Ariene Deume, ser celestial que con su ingenuidad a costas seduce a Solal y a cada uno de los desprevenidos lectores, en parte por su hermosura y en parte por su envidiable entrega, única garantía del amor entre ella y el joven funcionario judío. El marido de Ariane, Adrien Deume, subordinado de Solal en la Sociedad de Naciones, es un filoso estilete en manos de Cohen: la estéril intriga palaciega, la burocracia elevada a religión, la mediocridad burguesa de una Ginebra complaciente y amodorrada rodean a este personaje, el cual probablemente resume el modo de ser de quienes fueron compañeros del escritor y el de quienes aún hoy atiborran las embajadas y los organismos internacionales. Un amigo de Albert, estupefacto ante la certera crueldad de la novela, ante la discreta vida diplomática y el silencionovelístico del autor, le pidió que dejara de ser embajador de Israel en París, pues "Hay muchos embajadores en el mundo, pero hay un solo escritor llamado Albert Cohen". Sin duda nos habríamos beneficiado los lectores si el autor de *Bella del señor* hubiera prestado sus orejas a tal consejo.

Dos teorías descuellan entre los diálogos de *Bella del señor*, obra que obtuvo el codiciado gran premio de novela de la Académie Française. Una se refiere al imperio del babuino entre nosotros: este primate es la figura humorística con que Cohen discurre acerca del culto a la fuerza salvaje que admiramos en los poderosos, en los hombres de mundo. Por momentos, Cohen se olvida de todo freno y deja que su carreta de palabras corra libre adentro con una fuerza sublime que da miedo; éstas son las mejores páginas del ginebrino —por adopción, recordemos. La equilibrada mezcla de coloquialismo, introspección, humor, hace de *Bella del señor* un auténtico ser vivo, que se agita en la imaginación de quien lo lee.

La segunda es acerca de los mutables rostros del amor: desde la seducción en avalancha hasta la sequía total, erosionados los apetitos y marchita la imaginación, trampa cuya única salida es el suicidio. En los capítulos finales se manifiesta la amplitud de registro del escritor, cuando desaparece de golpe el humor y el sarcasmo, dejando a la historia con un final estrujante, capaz de arrancar lágrimas a quien haya acompañado a los amantes en el exilio que construyeron.

La semejanza entre autor y personaje resurge aquí: Solal es un destacado ministro de la Sociedad de Naciones, adalid de los judíos como Cohen, que después de la Segunda Guerra dirigió la división de protección jurídica y política de la ONU, en la que estableció un sistema para que los apátridas, muchos de ellos judíos, obtuvieran un pasaporte verdadero.

Llama la atención que Cohen haya escrito este libro pasional a los setenta años, cuando estaba felizmente casado con su tercera esposa, de nombre Bella. Un rescoldo de

juventud debe haberse mantenido en algún rincón de su cuerpo, esperando que las manos lo pusieran sobre el papel antes de morir, lo que finalmente sucedió en Ginebra el 17 de octubre de 1981.

Otros escritos

Durante las tres décadas que mediaron entre la segunda y la tercera novela apareció un texto ya mencionado: *El libro de mi madre* (1954). Este canto filial condensa, con repetitivas declaraciones de amor y párrafos de cursilería vergonzosa, la relación de Albert con su madre, muerta durante la guerra en la Francia ocupada, mientras su hijo trabajaba en Londres. Conmovedor, es la palabra adecuada para este autobiográfico, muy alejado de las novelas, que son la mejor obra de Cohen.

La bibliografía se completa con *Ezéchiél*, una obra de teatro montada por la Comédie Française en 1933; *O vous, frères humains* (1972), otro libro de nostalgias personales; *Les Valereux* (1969), novela consagrada al puñado de graciosos personajes que aparecen en sus libros previos a manera de coro griego que emplea la palabra del pueblo judío, y *Carnets* (1979).

Cohen en español

Albert Cohen es uno de esos escritores cuyas traducciones al español sólo pueden ser encontradas en Anagrama. Las hechas por Javier Albiñana a *Solal* y *Bella del señor* son excelentes y valen la inversión de comprar un libro importado. Por fortuna, la editorial ha reimpresso *Bella del señor* en su colección Compactos, después de haber aparecido en Panorama de Narrativas, lo que la hace muy accesible.

Desde el sillón favorito o metidos en la cama, festejemos leyendo sus libros el centenario de Albert Cohen, escritor apreciado por De Gaulle y Mitterrand por su sapiencia política. Al leerlo tendremos la oportunidad de negar lo que en 1979 dijo el ginebrino en una entrevista que apareció en *Magazine Littéraire*: "Yo no soy un escritor". Desmentirlo será una buena forma de terminar este año.

Narrador y periodista. Publicó los volúmenes de cuento *Pretextos para un velorio* (1989) y *Olvidos memorables* (1995). Actualmente es becario del FONCA.